

El Partido Católico Nacional: política, religión y estereotipos

A Andrés Fábregas, siempre nómada

Elisa Cárdenas Ayala
Universidad de Guadalajara

Sociedad, religión y democracia

El espacio que ocupa la religión en la sociedad es uno de los temas que más incumben a un país como el nuestro y, dentro de él, por su historia específica, al estado de Jalisco. Para la historia es uno de los campos en donde aún queda mucho por indagar y renovar. Es también un asunto de actualidad indiscutible, objeto de atención de la antropología, de la sociología, de la ciencia política y de la política sin ciencia. Es por eso que interrogaciones van y vienen del presente al pasado.

En la actualidad, abundan los cuestionamientos y los retos a los modelos sociales de convivencia que han tenido vigencia amplia en tiempo y espacio. Así, tenemos ahora a uno de los principales modelos occidentales constreñido a renovarse, sin que quede claro, por el momento, cuál será la vía de tal renovación: en los albores del siglo XXI, el exitoso modelo francés, establecido y difundido bajo el signo de la "laicidad", enfrenta importantes retos que cuestionan la capacidad de la República para aplicar sus principios fundamentales de "igualdad, libertad, fraternidad". Principios vigentes trascendidos a valores universales, cuya aplicación en la república concreta precisa de nuevas vías.¹

Además de la coexistencia en un mismo espacio de religiones cuya presencia no tenía la misma importancia que en la actualidad, ni fue considerada en el momento en que las instituciones decimonónicas

1. Sin que sea lugar éste para tratar a profundidad este caso, considérese la discusión que en los últimos años ha agitado profundamente a la sociedad francesa en términos de la confrontación que suponen, para sus instituciones y el funcionamiento del espacio público laico, la presencia y costumbres de una población de obediencia musulmana cada vez más numerosa e influyente, así como los retos que esto plantea a la "normalidad" republicana. Sobre el tema puede leerse Jean Baubérot. *La laïcité, quel héritage de 1789 à nos jours?* Ginebra: Labor-FIDES, 1990.

2. Véanse las interesantes reflexiones de Marcel Gauchet. *La religion dans la démocratie: parcours de la laïcité*. París: Gallimard, 1998.

3. Sobre la evolución del caso mexicano véase Roberto Blancarte. "Laïcité et sécularisation au Mexique". Jean-Pierre Bastian (dir.). *La modernité religieuse en perspective comparée. Europe latine-Amérique latine*. París: Karthala, 2001. pp. 81-93; así como su reciente artículo "Discriminación por motivos religiosos y Estado laico: elementos para una discusión". *Estudios Sociológicos*. México, núm. 62, pp. 279-307.

4. Para la arquidiócesis de Guadalajara, puede verse el análisis de un importante ejemplo en el trabajo de Esmeralda Mancilla Valdez. "El discurso político del Cardenal Juan Sandoval Íñiguez en la prensa escrita de Guadalajara (1994-2001)". Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2003. [Tesis de Maestría].

fueron diseñadas en su mayoría, en el mundo occidental se constata de manera general un retorno del sentimiento religioso por nuevas vías que no necesariamente cuestionan la validez de una sociedad secularizada (antes bien, sólo son posibles en su marco), pero que sí obligan a las ciencias sociales a dejar de concebir la secularización en términos análogos a la antigua concepción del "progreso" -es decir: como un fenómeno lineal, acumulativo, ineluctable, para considerarla precisamente en su historicidad-.² Así, la antropología religiosa ha constatado este retorno o reforzamiento de lo religioso por vías diversas a las sociedades contemporáneas.

En nuestro país, todos estos fenómenos son observables: por una parte, la "oferta religiosa" se ha diversificado considerablemente; por otra, el proceso de construcción de un régimen político democrático ha obligado a la revisión de la definición anticlerical del laicismo a la mexicana, para tender a la consolidación de un Estado laico incluyente.³ No es ésta una tarea sencilla, pues los actores históricos del proceso de secularización en México no han perdido su peso específico y beligerancia, en particular ciertos sectores de la jerarquía católica.⁴ Sin embargo, la renegociación del papel de la religión en la sociedad y su peso específico en la política se dan en un escenario que ha variado en muchos sentidos y que, sobre todo, incluye ahora nuevos actores (las múltiples "asociaciones religiosas" como las llama la ley), así como los que pueden considerarse renovados: los ciudadanos que, aun conservando el sentimiento religioso, no muestran el apego de antaño al liderazgo moral de la jerarquía ni la disciplina que le fuera correlativa. Se combinan, a no dudarlo, nuevos actores y nuevos escenarios.

La cuestión, entonces, del lugar que ocupa la religión dentro de la sociedad atañe directamente a la historia de la construcción democrática, si entendemos, como en efecto es, que la democracia sólo puede darse en el marco de una sociedad secularizada.

La historia que es el objeto central de estas páginas, la del Partido Católico Nacional (PCN), está relacionada por partida doble con esta reflexión: tiene que ver con un momento fundamental de la historia de la democracia en México -el post-porfirato y los años maderistas-, como uno de los primeros partidos políticos modernos en la historia de nuestro país; y también se vincula con una discusión de primera importancia para la construcción del entonces nuevo régimen y sistema político: ¿en qué términos debe operar la sociedad secularizada?, ¿qué lugar ocupa la religión dentro de una sociedad secularizada?, ¿cómo puede darse, en ese mismo marco, la relación entre religión y política? A estas preguntas, el proyecto político encarnado en el PCN propuso una respuesta restauracionista, en la medida en que intentó restaurar a la religión católica como eje moral de la acción política.

Actores reconsiderados

Especialmente desde las contribuciones de Jean Meyer sobre el tema cristero,⁵ y con mayor fuerza a partir de los años noventa, una historiografía en renovación⁶ ha contribuido a sacar del silencio a importantes actores de la historia de nuestro país y especialmente del Occidente. Quizás más que a sacarlos del silencio -pues silenciados por completo no estaban-,⁷ esta historiografía ha contribuido a desprenderlos poco a poco de los estereotipos a los que se encontraban reducidos, por obra no sólo de las plumas que les eran ideológicamente adversas, sino también por la de aquellas que pueden considerárseles proclives, en la medida en que ambos tipos de escritura contribuyeron a la construcción de un conjunto en blanco y negro, una historia de “buenos” y “malos”.

Uno de los mayores méritos de esta historiografía renovada ha sido el evidenciar la existencia de actores diversos dentro de conjuntos cuya uniformidad se daba por sentada. Un trabajo que, por cierto, está pendiente para los actores de aquel que se suele concebir como el conjunto opuesto: los “liberales”. Gracias a estos

5. Jean Meyer. *La cristiada*. México: Siglo XXI. 1973, 3 vols.

6. La obra que marca realmente un parteaguas historiográfico es la tesis doctoral de Manuel Ceballos Ramírez, publicada bajo el título *El Catolicismo social: un tercero en discordia*. Rerum Novarum, la “cuestión social” y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911). México: El Colegio de México. 1991. En cuanto a la historia jalisciense, véase Agustín Vaca. *Los silencios de la historia: las cristeras*. Zapopan: El Colegio de Jalisco. 1998; Laura O’Doherty Madrazo. *De urnas y sotanas*. El Partido Católico Nacional en Jalisco. México: El Colegio de México. 1999; me permito también remitir a mi propia contribución: *Le Laboratoire Démocratique. Le Mexique en Révolution 1908-1913*. París: Les Publications de la Sorbonne. 2001. En esta misma línea de renovación cabe considerar la reciente obra de Jorge Alonso Sánchez. *Miradas sobre la personalidad política de Efraín González Luna*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. 2004. Además, no tardará en ser editada como libro la tesis doctoral de Robert Curley y ya se espera igualmente la contribución de la también tesis de doctoral de Francisco Barbosa.

7. Considérese la importancia de una empresa historiográfica antioficialista como la cobijada por la editorial u s.

8. Testimonios como el de Eduardo J. Correa, *El Partido Católico Nacional y sus directores*. Explicación de su fracaso y deslinde de responsabilidades. México: FCE, 1991, que ya señalaban agudamente tal diversidad, fueron tempranamente escritos y sólo tardíamente conocidos, de manera que la modificación de la imagen relativamente unitaria del Partido Católico Nacional se produce sustancialmente hasta pasados los años noventa.

9. Sobre este momento y particularmente para conocer el punto de vista de los miembros del partido que no fueron huertistas, es indispensable la lectura ya señalada de Eduardo J. Correa.

trabajos ha ido enriqueciéndose la imagen de actores históricos y quedando claro para el pasado lo que para los tiempos actuales es bien sabido: que la Iglesia católica (u otras iglesias) no es tan uniforme como se le ha pretendido y que “clericales” pueden ser muy diversos actores. El reconocimiento de tal diversidad también modifica la imagen que se tenía del PCN.⁸

El PCN es una formación política sobre cuya vida e historia han sobrado clichés y caricaturas. La construcción de esa imagen estereotipada es uno de los aspectos que más interesan en estas páginas. Tanto la historia del PCN como su historiografía están profundamente marcadas por el que fue el último momento de su existencia y que corresponde a la alianza política con Victoriano Huerta. Una alianza que resultó fatal no sólo para la historia de la incipiente democracia mexicana, sino también para el mismo partido, pues daría al traste con su participación legítima en la vida política del país.⁹

Sin embargo, la vida del PCN no se resume en ese momento de su historia, por más definitivo que éste resulte; precedenle los pocos pero intensos años de existencia de la agrupación anteriores a la alianza con Huerta, años en los que incluso fue maderista. Su análisis arroja luz sobre importantes procesos de la historia mexicana y más aún de la historia de Jalisco, tanto en lo que se refiere a la definición renovada y acendradamente anticlerical del Estado laico a la mexicana, como en lo tocante a los términos de construcción de un nuevo régimen y su legitimidad política. En estas páginas, solamente se abordarán los momentos de la vida del PCN anteriores al huertismo.

Jalisco y el PCN

El principal antecedente del PCN en Jalisco es el Círculo de Estudios de Nuestra Señora de Guadalupe, cuyos miembros fueron conocidos como los “operarios guadalupanos”. Aunque no es ésta la única organización que confluye en la formación del partido, sí es

determinante en su historia y es, además, a través de ella como se explica en mayor medida la participación jalisciense en el PCN.¹⁰ No habiendo espacio aquí para presentar una historia detallada de este importante grupo, me limito a presentar algunos elementos de su historia que permiten una mejor comprensión de su vínculo con el partido.¹¹

Los operarios guadalupanos son una organización de élite que encuentra en Jalisco un terreno muy fértil. No se trata de una iniciativa jalisciense,¹² pero sí de un proyecto que encuentra en las vanguardias católicas del estado una entusiasta acogida. Tan es así que Jalisco es el estado que mayor fuerza dio al movimiento: de los 335 miembros que la organización sumó entre 1909 y 1912, 80 radicaban en Jalisco; le sigue muy de lejos Puebla, con 33 operarios. Debe tenerse en cuenta, al considerar su expansión, la lógica de funcionamiento de los operarios guadalupanos: éstos no buscan ser una organización de masas, sino constituir núcleos de élite influyentes sobre grupos sociales más amplios por la vía de la acción social.

La organización logró presencia en veinte estados y territorios de la federación mexicana: Jalisco, Puebla, Hidalgo, Michoacán, Zacatecas, Aguascalientes, territorio de Tepic y Distrito Federal principalmente y, aunque con menor fuerza, en: Chihuahua, Coahuila, Durango, Guanajuato, México, Nuevo León, Oaxaca, Querétaro, San Luis Potosí, Sonora, Tamaulipas y Veracruz.

En el estado de Jalisco, hubo operarios guadalupanos en la capital, Guadalajara, pero también en Encarnación de Díaz, Teocaltiche, Mexxicacán, Lagos de Moreno, San Juan de los Lagos, San Julián, Arandas, La Barca, El Salto, Colotlán, Tequila, Ahualulco, Ameca, Cocula, Mascota, Autlán, Unión de Tula y Ciudad Guzmán. El peso de los jaliscienses en la agrupación llevó incluso a uno de éstos, Félix Araiza, a la cabeza del Círculo, en diciembre de 1911.

De los elementos que más destacan en la historia de los operarios guadalupanos está sin duda su

10. La mayor parte de la información de archivo utilizada procede del examen de los documentos conservados en el Fondo Miguel Palomar y Vizcarra del CESU-CNAM (en adelante EMPV).

11. Remito al lector interesado tanto a *Le laboratoire Démocratique... como a "De l'action sociale à l'action politique. Espace mexicain et définition internationale" Histoire et Sociétés de l'Amérique latine*. Francia: núm. 9, 1999, pp. 77-87 y "La democracia cristiana en México y los operarios guadalupanos", *Revista del Seminario de Historia Mexicana*, Guadalajara: vol. III, núm. 1, marzo de 2002. En ellos he analizado más ampliamente cuestiones relativas a esta organización.

12. La agrupación nace en la ciudad de Oaxaca en 1909, de la reunión de unos cuantos asistentes al cuarto Congreso Católico, pero fuera de las instancias oficiales del mismo. Se trata del P. José María Soto, del seminario de Morelia, y de cinco seglares: el doctor José Refugio Galindo (de Tulancingo, Hidalgo), en calidad de presidente del círculo; Antonio de P. Moreno (de la Villa de Guadalupe, D.F.), Francisco Villalón, (abogado radicado en Morelia), el periodista Silvestre Terrazas, de Chihuahua y el doctor Miguel Díaz Infante, de León, Guanajuato. No figura en la fundación ningún jalisciense de origen.

13. Véase, por ejemplo, EMPV, carta de J. Refugio Galindo a Miguel Palomar y Vizcarra, del 24 de julio de 1909, c. 40, exp. 313.

capacidad de influencia sobre el PCN una vez constituido éste, en mayo de 1911. Ciertamente que desde sus inicios, el interés por la participación política se cuenta entre las inquietudes comunes de los miembros del Círculo;¹³ pero no parece que se hayan traducido estas inquietudes en algo distinto del apoyo franco al PCN cuando éste se fundó, con anterioridad, no parece que hubiera acuerdo entre los propios operarios sobre las formas que debería tomar este objetivo. En cuanto al objeto del presente artículo, es interesante señalar que existe cierto paralelismo en términos de la participación jalisciense en ambas organizaciones: mientras el núcleo tapatío dominó al interior de los operarios guadalupanos, también éstos tuvieron un gran peso en las decisiones del PCN. La decadencia de influencias es prácticamente simultánea. Son muchas, en Jalisco, las coincidencias de estas dos historias.

Y sin embargo, la historia de ambas organizaciones, aunque por momentos se superpone, no debe confundirse. En primer lugar, no coincide totalmente en tiempo: el Círculo de Estudios de Nuestra Señora de Guadalupe se fundó en 1909; en ese momento marcado políticamente por la célebre entrevista Díaz-Creelman, es una organización en la que están presentes todas las inquietudes comunes a las élites porfirianas en la coyuntura de la sucesión presidencial de 1910. La del PCN, en cambio, es una historia inmersa en la Revolución Mexicana. El partido se fundó a mediados de mayo de 1911, en vísperas de la caída de Porfirio Díaz, cuando la derrota militar del ejército federal que sostenía al régimen era ya inminente. Díaz y el vicepresidente Corral firmaron su renuncia el 25 del mismo mes y año. En muchos sentidos, la vida del PCN, su nacimiento y ocaso están marcados por la Revolución Mexicana y algunos de sus acontecimientos mayúsculos (la caída de Díaz, el golpe de Estado contra Madero). En segundo lugar, la naturaleza de las organizaciones dista mucho de ser la misma: mientras el PCN buscó una visibilidad muy amplia como organización política abierta y, como tal, en franca contienda por el poder,

siguiendo modelos de organización modernos, los operarios guadalupanos son durante buen tiempo una organización, si no secreta, sumamente discreta, a la que, como se ha dicho, no interesa la afiliación masiva, sino la influencia difuminada a partir de núcleos de élite.

Del apoyo que encontró el PCN en los operarios no queda duda. Éstos fueron impulsores decididos en Jalisco de la formación de centros PCN. Si se mira a los más activos promotores del partido en el "interior" del estado como en su capital, se verá que algunos de los principales son operarios guadalupanos. Es el caso más que notorio de Miguel Palomar y Vizcarra, de Félix Araíza, dirigentes en Guadalajara; pero también de hombres como Francisco Medina de la Torre, fundador de núcleos del PCN en Atotonilco el Bajo, Cocula y Zacoalco; de Zenón de la Torre, dirigente del PCN en San Juan de los Lagos, y José Encarnación Preciado, dirigente del partido en Tapalpa; todos ellos operarios guadalupanos.

Pero ya se ha dicho que el PCN fue más allá de los operarios guadalupanos. Ni la dirigencia estuvo monopolizada por éstos, aunque hayan tenido momentos de gran influencia, ni el reclutamiento de sus bases se guió por los mismos principios. En Jalisco, en los años de 1911 y 1912 se fundaron centros PCN, además de en las localidades arriba mencionadas, en Acatic, Arandas, Atotonilco el Alto, Atoyac, Ayo el Chico, Magdalena, El Salto, Etzatlán, en la fábrica textil de Atemajac, en las haciendas de San Diego (municipio de Cocula) y de Santa María (municipio de Magdalena); en Mascota, Ocotlán, San José de Gracia, San José del Carmen, Sayula, Tepatitlán (en El Refugio), Tamazula de Gordiano, Teocaltiche, Tonaya y Valle de Guadalupe.

Importancia y límites de una fuerza política

En Jalisco, el PCN se transformó rápidamente en la primera fuerza electoral y ejerció el poder: vencedor absoluto en dos contiendas legislativas, dominó totalmente el Congreso del estado en 1912 y 1913;

vencedor también quien, sin ser miembro del partido, fuera su candidato a gobernador, José López Portillo y Rojas, católico liberal, antiguo reyista y personalidad de gran prestigio en el estado. Tuvo medios, aunque poco tiempo y menos condiciones, para poner en práctica una parte de su programa, al menos en materia legislativa. La revolución en marcha desde antes de la fundación del partido, de diversas maneras afectó también al estado de Jalisco. Después, el golpe de estado de Huerta, del que el mismo PCN fue cómplice, segó también la vida de este experimento.

Para la historia jalisciense, el PCN es un actor de indudable importancia. Sin embargo, aunque el partido tuvo también su influencia a escala nacional, justo es decir que la que ejerció en Jalisco fue de mayores proporciones. Se trata, pues, de un partido con presencia nacional pero cuya fuerza se encuentra asentada regionalmente, en especial en el centro-occidente, y, de manera contundente, en Jalisco. Con todo, esta suma articulada de fuerzas regionales y el peso específico que logró tener en la capital del país, lograron para el PCN una proyección nacional. No debe despreciarse, en el impacto de esta proyección, la fuerza de los miedos que el recurso a la política confesional suscitó, valga decirlo, los “demonios” que despertó. Por esa misma razón, cabe agregar algunas consideraciones relativas a la construcción de esa imagen.

En la historiografía mexicanista, el PCN ha sido asimilado sin matices al conservadurismo decimonónico. Esta interpretación nace tempranamente. En su tiempo, sin embargo, durante los años 1911 y 1912 esta asimilación fue obra de grupos que podemos llamar liberales-conservadores, restos en parte del extinto régimen de Díaz. En Jalisco, la creación del PCN recibió tres interpretaciones distintas: algunos la vieron, efectivamente, como el renacimiento del decimonónico “partido conservador” promotor de la intervención francesa; otros, en cambio, la interpretaron como la recuperación de los derechos políticos de que el liberalismo intransigente había privado a los católicos;

otros más, juzgaron que se trataba de la inoportuna resurrección de una querrela que el porfiriato había logrado resolver.

La primera lectura que se impondría durante largos años, también historiográficamente, corresponde al entorno del entonces gobernador Alberto Robles Gil; se encuentra con facilidad en las páginas del diario *El Correo de Jalisco* y se intensificará luego de las elecciones legislativas de enero de 1912, en las que el partido católico arrasa. Este triunfo incitó a las fuerzas liberales-conservadoras a reorganizarse. Una manifestación de este esfuerzo por reaccionar a la política confesional abierta es la creación de la Gran Logia Occidental Mexicana, producto de la unión de tres logias masónicas previamente existentes: la Pitágoras 14, la Occidente 10 y la Benito Juárez 24.¹⁴

Esta primera lectura será alimentada también desde el horizonte católico que, en su reacción a la misma, retomará el discurso anti-jacobino y "antiseccionario" más puramente decimonónico. Un discurso que no había desaparecido por completo y que el beligerante semanario *La Chispa* había puesto nuevamente de moda. Por obra de ambos reaparecerá la vieja querrela "mochos-jacobinos", que ciertamente el porfiriato había mitigado. En vano, la dirigencia del PCN intentó tomar distancia frente a una filiación histórica que no convenía y no correspondía a su proyecto político.¹⁵ Si se lee la correspondencia de sus dirigentes, se encontrará que incluso algunos activos propagandistas del partido hicieron suyo ese mismo lenguaje.¹⁶

El segundo tipo de interpretación de la creación del partido, que concibe a éste como una forma de recuperación de derechos políticos injustamente suprimidos a los católicos, en el fondo es complementaria de la primera. Esta es la versión de los fundadores mismos del partido y de algunos intelectuales como los jesuitas Amulfo R. Castro y Alfredo Méndez Medina, o bien del periodista Eduardo J. Correa, director del influyente diario católico *El Regional*,¹⁷ en Guadalajara, y luego de *La Nación*, órgano del PCN desde la capital del país.

14. AUN Circular núm. 1 de la Gran Logia Occidental Mexicana, Gran Oriente de Guadalajara, Jalisco, 22 de febrero de 1912, sgc. Masonería, exp. n° 233-A.

15. "Manifiesto del Centro Jalisco del PCN a los habitantes del Estado", *El Regional*, Guadalajara, 31 de mayo de 1911.

16. Es el caso de Agustín Navarro Flores. Véanse sus cartas a Miguel Palomar y Vizcarra en EMPV, caja 40, exps. 317 y 318.

17. Particularmente los editoriales de los meses de mayo de 1911.

Finalmente, la tercera interpretación de la fundación del partido confesional, que hace de ésta una regresión a conflictos superados por la conciliación política porfiriana, es característica de un pensamiento liberal de signo conciliador, compartido también por algunos católicos. Esta lectura es el lugar de encuentro de diversas tendencias reformistas. Durante el gobierno de Madero es aquí donde la conciliación democrática entre diversas posturas ideológicas parece posible. Los representantes de esta postura suelen ser lectores del diario *La Libertad* y cercanos al Partido Independiente; entre ellos se encuentra, por ejemplo, José Gutiérrez Hermosillo, quien intentará convencer a los líderes del PCN de la impertinencia de la fundación de un partido confesional.¹⁸

18. FMPV. José Gutiérrez Hermosillo a Miguel Palomar y Vizcarra, Guadalajara, 3 de agosto de 1912, c. 40, exp. 319.

Los hombres que hacen esta lectura son literalmente puentes humanos entre las distintas tendencias; suelen ser liberales (más bien progresistas, aunque no siempre), en general de fe católica y sobre todo, demócratas. Su misma existencia prueba que durante el gobierno de Madero la clase política estaba lejos de verse enteramente polarizada en posturas irreconciliables, antes bien, existen puntos de encuentro y concertación entre fuerzas que no son menores; la polarización se presentará en todo el país en los últimos tiempos de dicho gobierno y no es ajena a la caída del mismo. De cualquier manera, la posición ideológica y política que representa esta lectura, en torno a la cual una conciliación muy amplia parecía posible, en el año 1912 iba ya perdiendo su fuerza, a favor de una exacerbación de tensiones. Ésta se deja sentir al interior del PCN y es la que lo conduce a la alianza con el huertismo.

Sin embargo, de una comprensión menos estereotipada de este importante actor se desprenden para la historia indudables beneficios, no siendo el menor de ellos el mejor conocimiento de la diversidad de los actores políticos que presenciaron desde diversos horizontes ideológicos su nacimiento y que fueron en su momento sus interlocutores, aliados y rivales políticos.